HISTORIAS DE CLYO

Nunca nadie ha podido decir de donde vino y por qué eligió este lugar para quedarse, y es que han pasado tantos años, que pocos recuerdan el primer día; sólo sabemos que ella está siempre con quién tiene algo que decir, que callar; ella está en la Plaza, en las calles que se pierden entre cielo y mar, sobre la arena, o con seguridad, en su Bazar. ¡Sil Ese que visitan en el Malecón de la Caleta, aquel dónde se encuentra, desde la huella dejada sobre la playa, hasta las promesas que debemos cumplir.
Se ha hecho tan parte nuestra, que generalmente olvidamos que ella también es mujer, aunque su vida privada sea la que comparten con ella, sus confidentes.
Hay quienes aseguran que no es de este mundo terrenal, sino que sería un Hada salida del Mar, para ayudar y contar las historias de aquellos seres que pasan por la vida sin que alguien los recuerde cuando acaba el día.
Podríamos tratar de describir a esta mujer bálsamo, que todos en algún momento, hemos necesitado para aliviar las asperezas, con las cuales nos topamos en el camino; pero es mejor que ella misma se presente, contando desde su perspectiva, las historias más singulares de este lugar.
Antes que ella nos relate una de esas vidas, cumpliremos revelándoles su poético y musical nombre... CLYO.

UNA SIMPLE HISTORIA

Melancólico y bullicioso, este era un balneario costero como muchos, pero también muy distinto a todos los que comparten igual costa.
Se hallaban aquí la huella de muchos grandes hombres que, sin embargo, el pueblo había olvidado.
Lo abúlico de la gente, era parte del paisaje. Estaban acostumbrados al silencio durante el año y al desborde de algarabía cada verano, que poco les llamaba la atención.
Todos realizábamos alguna labor, aunque ésta sólo fuera sacar una silla a la terraza, frente a la calle mayor, y ver pasar los buses que dicen ¡Adiós!.
Una tarde, cuando los colores cambiaban dando luz al atardecer, llegó con una maleta y un pequeño cofre, una mujer joven, que se instaló en un departamento interior, de esos que aquí abundan.
Pasaron varios días antes que se pusiera en contacto con quienes tenía más cercano. No fue mucho lo que logré saber de ella en esa ocasión.
Se fue haciendo habitual verla caminar y hacer las compras de diario en el boliche de la plaza. Ya nos saludábamos al vernos, pero no conversábamos, creo que no era necesario.
Como mujer, físicamente no presentaba característica alguna que la hiciera sobresalir del resto, y en cuanto a su personalidad o mejor dicho, en cuanto a su interior, era tan privada, que sin problemas cada cual podía imaginar a su antojo sus historias.
El tiempo le reconoció pertenencia a este lugar, y comenzamos a dejar de lado el posible misterio de su vida. Pero para mí, seguía siendo atrayente esa figura pequeña que, hacia de su diario vivir, algo singular, con aquellas escapadas que se daba para respirar...
Temprano por las mañanas, caminaba descalza por la costa, dejándose acariciar los pies por las aguas frías del océano. A veces, recogía pequeñas piedras lustrosas y simples conchuelas lanzadas por las olas. Caminaba y deshacía su andar.
En noches de Luna, hay quienes la vieron hablar al firmamento con gran devoción. Pero ¿Qué podía significar todo aquello?.
Un día cualquiera, me detuve frente a su puerta y con paso firme me acerqué hasta

ella. La encontré con su rostro sereno y una actitud de desvelo.

Me hizo pasar, y conversamos toda la tarde. Al caer la noche no quiso seguir hablando, pero abrió su pequeño cofre, del cual sacó muchos papeles escritos; creí que eran cartas, pero, eran pedazos de sueños atrapados en tinta.
Habían pasado unos cuantos años desde que Marisol había llegado a este pueblo, y ya aceptaba que la visitara de tarde en tarde para charlar.
Era increíble su capacidad para relatar cosas cotidianas con lujo de detalles,ptransformando cada palabra en una sorpresa.
Por esa razón, y especialmente por su silencio a gritos, conseguía que día a día sintiera admiración por esa mujer.
En las noches, o en cualquier momento, me encontraba frente a mis pensamientos y me sorprendía queriendo hacer comparaciones entre mi vida y la de ella.
Difícil tarea pues, ¿Cómo se podía establecer paralelo entre una semilla que se deja llevar por el viento y una palmera que deja que el viento sople entre su cabellera?.
Su origen ya no era desconocido, pero yo deseaba saber ¿por qué había cambiado tan bruscamente su entorno, lleno de matices y contrastes?. ¿Porqué aquí?. ¿Tenía alguna importancia para ella, o era que la tenía para mí?.
Marisol, comenzó a ser parte de nosotros, participando de las penas y alegrías de este lugar. Su presencia no incomodaba a ningún vecino. Marisol caminaba por su tierra.
En una de esas tardes de tertulia, develó la razón de su secreto, el porqué había dejado atrás su ciudad natal.
Ella destacaba dentro de su círculo de amistades como la más talentosa escritora de su generación, todas las puertas se le abrían sólo al anunciarse.
Tanto era la aceptación, que a poco de ser conocida en los Cafés de escritores, se le dio la oportunidad de publicar.
Hasta hoy nadie se explica qué ocurrió, pues cual novia que deja el altar antes del sí, Marisol dejó esperando a la imprenta.
Hoy día miro en mi memoria sus ojos, y recuerdo la emoción y temblor, que había en ella cuando abrió por primera vez su pequeño cofre: en él tenía guardada esa semilla que no germinó, su primer libro que nadie leyó.
Quizás porqué el cambio no fue tan brusco, no se manifestó nada visible, pero en realidad todo era diferente ahora.

Siendo apenas una joven, creyó en las palabras de un libro, donde la protagonista de la historia, contaba ios días como conchas, que llegan hasta la orilla.
Pero el tiempo para ella no fue tan nimio, ni llenó de nácar su cuerpo. Sólo pasó.
Fue sin dudas un cambio, el dejar aquella urbe gris y maloliente, por estos cerros, no colgados del cielo, sino lanzados por el mar.
Acostumbrándose a sentirse dueña del mundo al caminar por las calles vacías en Otoño, y desapareciendo entre cuatro paredes, cuando el gentío llegaba a robar un poco de sol al verano.
Nada era igual, y no podría volver atrás, pues aquello se había borrado como las huellas en la arena.
Aprendió rápidamente la lentitud de los días, el cambio de los olores a sal y marea, a descubrir que allá quedaba el frío sol de invierno, y cómo, aquí se transformaba en color.
Mirar el cielo de noche, era tan simple como dejar que el mar la besara. Caminar por cerros, calles y arena, era una experiencia nueva cada día. Ver caer la tarde, cuando generoso el astro sol se despide, dejando su manto de colores en las nubes, que se esfuman con un soplo de la noche.
Marisol, había cambiado, pero sólo su lugar de estancia, ya que en cada uno de nosotros, fue escribiendo su mejor historia; tal vez ésta, tampoco la lea alguien, pero todos la conocen, porque somos sus palabras.

SERES ESPECIALES

UN SUEÑO EN EL FIRMAMENTO.

Vivir en una zona donde ei océano da el marco de realce al paisaje, es todo un privilegio, sobre todo cuando esto propicia el nacimiento de seres que, tarde o temprano destacan por sus cualidades humanas y creativas.
Este es un pueblo como otros, que parecen haber sido dibujados por el mar para adornar los cerros, es un ejemplo de particularidad genial.
Subo desde la arena al asfalto, y prosigo por la superficie más plana de esta colina, hasta que comienzo a descender, para poder llegar a la cima, donde está mi hogar.
Un día cualquiera, en que hacía el mismo recorrido de subidas y bajadas, descubrí una casa con aroma a recuerdos, y donde sólo había visto deambular a una anciana; toda encorvada de tanto mover la tierra para sus flores.
Pero lo especial de la escena que veía, vino después, cuando vi aparecer a un abuelo vestido de terno con olor a naftalina, y que trataba de encender un brasero, en el mismo instante que un joven de edad indefinida, plantaba como delicados árboles, tres trípodes blancos, que no supe imaginar ¿para qué servirían?, ¿qué podrían sostener?.
Nada sabía de ese individuo largo como el tiempo, silencioso como la noche y misterioso como la vida.
¿Quién era? ¿Qué hacía? ¿Por qué?.Eran preguntas que brotaban cual semillas regadas por el sol, cada vez que debía pasar por allí, con rumbo obligado.
En una ocasión me crucé precisamente con esa larga espiga, lo miré, queriendo ver en él mismo las respuestas a las interrogantes que provocaba, pero pasó cual cometa.

Transcurrieron unos cuantos días desde la aparición de esos inmóviles aparatos, cuando me tocó ser sorprendida nuevamente, al observar que uno de los trípodes, era ocupado por un gastado telescopio manual.
Al transitar por esa vereda, y cruzarme con otras personas, percibí que no era sólo yo, quién había descubierto esa presencia soñadora, y que algunos más resueltos, habían traspasado el cerco, para llegar hasta ese hombre que, con una lejana sonrisa, los invitaba a mirar el cielo desde la copa de los árboles de tres patas.

Estamos comenzando e! Otoño, y bien es sabido que es una de las estaciones del año con más belleza y magia, pues es la transición entre el fulgor del verano y el reposo del invierno. Cuando la luz del ¡Buenos días! Y la que nos hace soñar, lo inunda todo, cuando las estrellas comienzan a vestir sus mejores destellos. Cuando la mar, se pone caprichosa y coquetea con el viento. La noche y sus resplandores nos invitan a clavar la vista en el firmamento para buscar el mensaje dejado en él.
Una tarde, cuando me dirigía a mi hogar luego del trabajo diario, me encontré con el flaco largo, que apuntaba hacia el cielo ese tubo sobre el trípode, para atrapar nuevamente ese sueño que vio pasar hacía un rato; fue lo que escuché decirle al viejo de terno que, esta vez sólo se metía las manos en los bolsillos como diciendo ¡Yo no tengo ese sueño!.
El joven le hablaba con tal entusiasmo que, mecánicamente alcé la vista hacia el cielo buscando... No pude ver nada, ¿cómo podría si era media tarde y las estrellas dormían?
Pasó, pasó el tiempo silencioso y me olvidé de subir y bajar por aquella vereda, donde estaba sembrada esa casa y los árboles de tres patas.
Sin embargo, como suelen *suceder* las cosas, casi sin proponérmelo, sentí el impulso de ir hasta ese lugar para ver qué de nuevo había.
¡Si no hubiese visto personalmente eso, no lo creería!

La abuela, con su rostro curtido había dejado de cuidar las flores, el anciano se había quitado el gastado terno, y se instalaba con uno de sus ojos pegado al telescopio oxidado. Ambos, parecían espejismos de un paisaje caluroso.
No pude contener la curiosidad y me acerqué a preguntar por la espiga soñadora.
La vieja mujer apenas *generó* un movimiento, pero me respondió: "Dédalo logró retener en sus ojos ese sueño, que el cielo le mostraba, y un día nos dijo IAdiós!. *Ahora, somos* nosotros quienes miran el mar de azules estrellas, para volver a ver a nuestro hijo".

La Historia que presentan estas páginas, -es una que llegó hasta mí, como el regalo de Un desconocido y que, sin embargo, me ofrecía en ella sus recuerdos de Sofía, mi Madre.

VIEJAS MANOS.

Ayer como todas las tardes, caminaba por la calle Suu hacia mi trabajo; Una rutina que si bien podría cansarme, no me desagradaba. Se trataba de una ruta muy congestionada, no sólo por los vehículos, sino por la gran variedad de sujetos, que se estacionaban en distintos puntos de esta larguísima calle, especialmente al caer la tarde.
Desde el último peldaño de la larga escalera que nace en mi departamento, ubicado en la zona vieja de la ciudad, daba un salto hasta la acera -acostumbraba usar zapatos deportivos para mi recorrido-, como un impulso energético que me ayudaba a preparar los sentidos para captar cuanto suceso, vibración, e incluso emoción, que pudiera recoger, mientras realizaba mi tan querido trayecto.
Sí, esa rutina de cada tarde me hacía feliz, además de proporcionarme las mejores historias que, luego en la redacción del periódico, desarrollaba con una buena cuota de imaginación y propia experiencia.
Iba a mitad de camino cuando, a punto de pasar por el Café de Joaquín, vi salir desde él, una mujer vestida con un gastado abrigo lila y unos más gastados botines negros. Era, a simple vista, una mujer común y corriente, como muchas de las que me toca ver de camino al trabajo; como muchas, y habría pasado rápidamente su imagen, de no haber sido porque a ella, la conocía, y muy bien.
Habían transcurrido muchos años, pero aún la podía reconocer, ¿recordar?... jamás la había olvidado. Era parte muy importante de mi vida, principalmente en mi labor de día a día y de mi secreto anhelo, que transformaba en palabras cada noche.

No se trataba de una mujer arrancada de la piel -debe tener el doble de mi edad- aunque la amo con amor profundo y puro.
De repente reaccioné; estaba inmóvil frente al café, mirando atónito como se perdía en la multitud de gente y luces de colores, una mujer, que me había marcado espiritualmente, y no era capaz de alcanzarla, de gritar... "¡Sofía!".
Estaba silente viéndola alejarse sin poder hacer nada. *¿Don Félix, le ocurre algo?, ¿Se siente bien?. Preguntó*
i¿Qué?! Logré articular.
¿Se siente usted bien?, insistió.
¡Ahí...Sí, si estoy bien, no se preocupe, respondí.
¿Conoce usted a esa mujer?, interrogué enseguida.
¿Cual mujer, don Félix?. Extrañado contestó Joaq...
¡Olvídelo!.
Había desaparecido ante mis ojos, y nuevamente sentí el influjo de esa mujer sobre mi persona, lo que me hizo recordar...

Era amiga de mi madre, ambas se conocieron en el colegio, y al terminar los estudios, mamá se casó con mi padre, mientras que ella... Sofía se alejó de este lugar, luego de enterarse que estaba embarazada; pero ni su gran barriga le impidió dedicarse a viajar y a escribirle a mi madre, cuánto iba conociendo, siendo capaz de describir el paisaje que le rodeaba con una soltura y frescura, que hacía posible la ilusión de estar con ella, en cada lugar. Aquellas cartas fueron los primeros escritos que le conocí.
Después tuve la suerte de conocerla personalmente cuando nos visitó durante un frío invierno.
Según los encargados de informar del estado del clima, ese invierno se recuerda como uno de los más gélidos, pero en casa fue la más cálida, emocionante y divertida estación del año; tanto así, para mí como para el resto de la familia.
Ella era toda energía, y cada movimiento denotaba vida y una gran alegría. Gustaba de contar sus aventuras por el mundo, al acabar la cena. Pero aquello con lo cual yo más disfrutaba como niño, era su expresión gestüal al mencionar cualquier situación.
Sin embargo, lo que no pude olvidar, fueron esos paseos que dábamos por las calles del barrio; nada significante hasta ese momento, hasta que Sofía me enseñó a observar, a ver ese mundo rico y maravilloso que tenía a mí alrededor. Y cómo era capaz de transcribir todo eso sin *perder* la naturalidad. ¡Cómo me gustaba verla frente a mí escribiendo! Una, dos, tres... siempre me dormía antes que ella terminara.
Fue un invierno que quedó grabado en mi corazón, tanto como quedó impresa la última caricia de ella en mi rostro y en mis pequeñas manos, las que apretó fuerte, pero dulcemente al despedirse. Eran unas manos delicadas, hermosas y llenas de vida, como ella.
Sí, la recordaba con cariño, me había enseñado a ver y descubrir cada día como empieza la vida. Pero a Sofía ya no la veía, *se.* marchó tan rápido, como se desvanece un suspiro, quedando quieta su imagen en mí, como una fotografía del pasado. Había luz todavía en su mirar, caminaba erguida, más, algo me impactó. Sus manos eran unas... viejas manos. ¿Por qué?, ¿Acaso la vida no gustó de todo lo que escribió?, ¿Es que sus manos envejecieron por cada palabra o caricia que dio?.
Esa tarde, por primera vez en años, no pude ver a mí alrededor, sólo vi al final del camino, unas viejas manos y sentí miedo; miedo que desapareció cuando recordé su última caricia. Hace 25 años que Sofía se había marchado, y hace tan sólo un día, la había encontrado.

AMANTES EN CARTAGENA

CONTRAPUNTO

Ana es una mujer simple y muy joven aún, que desde adolescente creyó que existía el amor para toda la vida. Esa ilusión le servía de muleta para caminar procurando olvidar una infancia sin color, sin alegría; que le quitó la posibilidad de terminar sus estudios y soñar con un rumbo diferente.
Siendo un capullo aún, se casó con quien le ofreció un modesto hogar, pero pleno de cuidados y desvelos amorosos.
La unión se concretó con un hermoso hijo, que sería el orgullo del hombre, que así trascendía su propia historia. Luego, vino la niña, y con ella el ¡Adiós! a las caricias y atenciones, del joven y amante esposo.
Por alguna razón que no conocemos, el cántaro llegó hasta el tope y no quiso ya más agua, debiendo consumirse poco a poco la que quedaba.
Ana comenzó a sentir la falta constante de su hombre junto a su almohada; ya no había un gesto o una frase de cariño, al despertar cada mañana, y ella no sabía... ¿Por qué?
Entre su pequeño mundo de ilusiones, y los mimos dedicados a sus hijos, fue viendo pasar el tiempo, y cómo una invisible mano la alejaba de aquel, su marido, su hombre.

Su cuerpo y su alma se extinguían, se secaban sin que a nadie le importara, hasta que un día, desde otro lugar cuyo manantial se desbordaba, llegó un hombre, con la figura y la gracia que a cualquiera conquistaba, un hombre que la bañó de agua y perfume. ¿Cómo decir que ¡nol cuando en casa te niegan hasta el sudor?.
Ana quería volver a sentir que era capaz de inspirar más que ansias de procrear, y se dejó llevar por las promesas de amor que le ofrecían, sin miedo a perder todo, pues todo ya le habían quitado.
Sentía alegría, había alguien para quien se hacía importante, pero ese alguien, no podía evitar tener otra vida en otra parte, y aunque aseguró el retorno para siempre, al anunciar su partida, al irse él sabía que nunca iba a volver, y como todo castillo de arena, el vaivén de las olas lo derrumbó, y la abandonada muchacha regresó donde creyó tener aun un lugar, pero donde otra vez se embarazó.
Desde aquella mayor desilusión, la vida le cambió; dejó de ser la dulce esposa, que aún creía en la fuerza de ese primer amor. Es que no es fácil, recuperar la confianza de quien ha sido traicionado en el lugar que más duele: La cama.
Ana se dio al desvelo de curar heridas, y hacer florecer un sueño, más quien todavía llevaba el título de esposo, no quiso aceptar el cariño de ella y le dio la pena de no dejarla, ni dejar que se acercara.
Su vida se tornó opaca, pues la luz del día, era como los destellos de unos focos, que la mostraban como ejemplo vivo de aquello que la sociedad no debe tolerar, pues desmorona las normas y perjudica a quienes se relacionan con ella. Así, le negaron el saludo y la miraron con falso pudor, ante el desafío que lanzó a todos, cuando se negó a olvidar lo que se siente por un delirio de pasión.
Con todo aquello, perdió la venia de su pueblo, pero sus hijos, que la amaban, a pesar de todo lo que de ella se decía, le dieron la fuerza para seguir adelante. Además, tenía el apoyo espiritual, que Ana siempre sintió cada vez que con lágrimas en los ojos, llegó hasta el altar de rocas, donde la dulce sonrisa de la madre, le brindó el consuelo necesario para continuar caminando por las calles, con la frente en alto. Muy a pesar de todos aquellos que preferían no mirar su rostro, para no tener que reconocer en ella, a una mujer valiente, que ha sido capaz de luchar, y enfrentar su destino por hacer del amor su felicidad.

II

La historia de María se confunde con las novelas rosa, que leen las que no quieren sentir el sol y el viento sobre la piel.
Tenía aún el uniforme escolar, cuando la joven y vital adolescente, se enamoró del recio hombre, que cada verano instalaba con su fuerte espalda, las entretenciones estivales que alegraban las tardes y noches, en la amplia terraza.
Sus ojos parecidos a la miel, y su cuerpo surcado de curvas, hechizaron la voluntad de ese roble, que como sauce cayó a sus pies para invitarla a ser su esposa.
Sin más meta que conquistar, estiró su mano y aceptó en el anular, toda la pasión de una historia sin igual.
Llegaron dos hijos, con vocación de padre y compañero, para esa madre que desde la venida del primero, sólo vio a su hombre cual espejismo de calor, cada verano, pues su oficio de vagabundo lúdico, lo hacía recorrer el largo territorio de esta tierra.
Pero María sonreía; nada lejos, nada cerca, podía romper la red que ella había echado, al punto de no aceptar en su pensamiento la posibilidad que él en otros brazos la olvidara.
Los veranos se acumularon en su piel, dándole un color de café tostado que hacía emanar de ella un aroma a sueño y pecado.
Debió aceptar, pasados más de cinco años, que, lejos de la miel de sus ojos, su marido otra cama visitaba y que ella aquí, quieta con sus hijos quedaba.

María tenía brío, y el cuerpo deseoso de calor, por lo que no demoró en encontrar a quien gustoso del néctar de su boca bebió. La ilusión le duró, lo que dura un paseo de la tierra por el sol, y al cumplirse el ciclo, sin drama se acabó.
Hoy se pavonea en la iglesia del pueblo y camina altanera por las calles. En su vaivén de caderas, lanza nuevas redes, y se pone en el camino de cualquier hombre, que con ella quiera calentar su cama, sin importarle que tenga esposa o amante a quien hiciera engañar, ni tampoco si este fuese el padre de una de sus amigas. El pudor y la vergüenza son algo que nunca conoció, pero que ahora no tiene razón para ocultar. Nadie la apunta con el dedo, ni hablan de ella por detrás; por haber sido abandonada por su marido, María tiene licencia para mirar con descaro y mucho más.

MI REINO EN OTRORA SOBRE EL SOL Y EL MAR

Me llamo Clyo, tengo un bazar de recuerdos en el malecón de la Caleta. Hasta allí llegan turistas, vecinos y espíritus que buscan algo perdido u olvidado.
Una de esas personas, que había olvidado un no sé qué en un lugar de su vida, es quién conocimos como Silvana. Ella era una mujer sencilla, que gustaba de disfrutar de la *belleza* del paisaje, los colores y la luz.
Solía vérsela caminar por esas calles del pueblito, sin despertar curiosidad en quienes la veíamos pasear.
Una mañana, de esas que parecen recién salir del pincel de un pintor, por sus colores brillantes, pero carente de alma y por tanto, fría, Silvana llegó hasta el malecón de la Caleta, para sentirse mas cerca de la naturaleza, probablemente. Miraba el vuelo rasante y en picada de las gaviotas, imaginando cual de ellos sería Juan Salvador. El movimiento de la mar la hipnotizaba, y tan abstraída estaba entonces, que no vio, cuando hasta su lado llegó un varón de delgada figura, que en silencio observaba el mismo horizonte.
Sin verlo aún, se volteó hacia donde él se encontraba, y fue entonces que su corazón le advirtió la presencia de un extraño, pues sin entender por qué, éste parecía que se escapaba de su pecho.
El sol la encandilaba, y no logró verlo, sólo lo sintió.
Silvana vivía en nuestro pueblo, junto a su familia. Era maestra de arte en una escuela del interior, le gustaba pasar largas horas sentada frente al mar, cuando podía, y hay quienes en noche de luna, dicen que la escuchan confidenciar con ella.
Después de ese cuasi encuentro, las visitas de ella al malecón aumentaron considerablemente, ya que venía varias veces al día, y no era para mirar el vuelo de los pájaros, u otra cosa usual. Daba la impresión que buscaba algo perdido.
Uno de esos días -monótonos ya- cuando el sol va en retirada, y su luz comenzaba a inundar las calles, con sensaciones de cobijo. Cuando, como un pequeño niño, pasaba una de sus manos por la baranda de protección, se encontró mano a mano con la de él.
Una sonrisa, una mirada y desde donde estaba, pude ver como su corazón quería saltar para abrazarlo.
Él no dijo nada, ella se volteó hacia el mar, y sin ruido, él se marchó.

Silvana ya conocía mi bazar, y había notado que ése era el mejor ángulo para observar la escena que ella interpretaba, así que supongo que por esa razón, al día siguiente muy temprano, cuando la vaguada era dueña y señora de la costa, se acercó a preguntar si conocía a ese hombre que el día anterior anduvo por allí
Estaba ansiosa, parecía una adolescente tratando de obtener información sobre el chico que le gustaba. ¡Qué de cierto había en eso!.
Desdichadamente, la información que podía brindarle era muy escasa, pues fuera de haberlo visto pasear, con quien parecía ser su mujer e hijos, sólo podía con certeza,

indicar que vivía en aquel sector del pueblo, muy cerca de aquí, que llaman el paraíso de los pintores, por su vista hermosa.
Es un lugar ubicado en los límites casi de nuestro pueblo, cuando vas hacia el gran puerto. Es un terreno en altura, mas allá del nivel del resto; rodeado por un bosque de Eucaliptos y teniendo frente a sí, la vista más espectacular, pues si uno gira a 180°, se disfruta de todo un horizonte de mar y cielo, y al continuar girando, aprecias ese pueblo de arena y cerros que cobijan los sueños de los trovadores y paisanos.
Pero si de día encontrarse en aquel lugar es especial, de noche, es simplemente mágico; cuando el sol nos deja, estar allí, es transformarse en parte de ese todo, pues frente a la mar todo era noche, de techo tienes mil estrellas, y abajo, rozando la costa, otras miles que titilan perezosas.
Ella quería saber su nombre, quién era aquel que le perturbaba hasta los sueños despierta.
No la vi por varios días, llegué a pensar que se habría enfermado de tanta visita a la caleta, pero no fue así.
Una tarde, antes de la siesta -costumbre habitual por estos lados- se realizaría una presentación de teatro, en la plaza principal de nuestro pueblo. Fue ahí precisamente, que supe que estaba bien y que estaba decidida a acortar la distancia entre su desconocido y ella.
Se encontraba casi a su lado, pero no lo notó, pues sólo miraba esperando verlo.
¡Qué suerte tuvo!, ya que él llegó hasta allí.
Una mirada, el reconocerse, una sonrisa y bastó para que Silvana sintiera el valor suficiente para acercarse hasta donde se encontraba. Era ahí y ahora; si no, lamentaría ver como otras veces el tiempo se aleja dejando la sombra de lo no existente.

Cruzaron las suficientes palabras entre ellos, como para que cada uno supiera quien era su interlocutor, quien miraba directamente a los ojos, dejando ver todo lo que las palabras en ese momento no entregaban.
La obra daba inicio, y ella se ubicó muy cerca de él. No podía evitar disfrutar de las sensaciones, del rejuvenecimiento que provocaba en su espíritu esa situación.
Al día siguiente habría en la misma plaza un concierto y pensó Silvana que él llegaría a escucharlo, pero no fue así, y tuvo que volver a su casa con una sensación amarga.
Pasaron los días, y no volví a ver a la soñadora mujer, hasta que una tarde, me sorprendió con su visita a mi bazar. No me preguntó nada, por el contrario, ella me contó lo que había sucedido.
Días después de ese primer cruce de palabras, Silvana se contactó nuevamente con él, subió a su auto, y emprendieron rumbo a un lugar a solas para conversar.
Bajaron por la colina pavimentada, hasta tocar el borde costero, deteniéndose en la arena, lejos de todos, pero no tanto como querían.
Estacionado el vehículo, él sólo deseaba que le dijera si era verdad todo aquello que le decía entre líneas, en esa carta que tenía en sus manos.

Silvana sentía que su cuerpo entero temblaba, estaban juntos. Él insistió con su mirada, y ella respondió ISÍ!, Es toda verdad.
No dejaban de mirarse.
La mar estaba de un azul intenso, casi cálido, el sol los acariciaba tras los vidrios; unos jóvenes paseaban descuidados a caballo por la playa. La tarde, era la más hermosa de los últimos días, y estaba convirtiéndose en su confidente.
Él comenzó a regalarle parte de su pasado. Ella escuchaba y sabía que más se acercaba a él, por eso, también le entregó pedazos de su vida. Estaban juntos, pero debían regresar a sus hogares, había alguien, en cada uno, que esperaba; ninguno podía ni siquiera en ese instante, olvidar que eran casados.
Se miraron, y comprendieron que no podrían ya estar en otro sitio que no fuese uno junto al otro.

¡Un beso!. Sus labios se rozaron primero, luego se acariciaron para sellar así el cambio en sus vidas.
Los días pasaron, la emoción y la adrenalina era su sustento, cada día que se veían, que lograban hablarse, o se arrancaban para acariciarse; verse a escondidas como los amantes que ya eran. Ambos sabían que para seguir unidos, no debían olvidar que aquello era un secreto, que sólo: compartían con la naturaleza.
Silvana no lograba ver realmente el peligro, y feliz subía al automóvil para escaparse con él hasta Huidobro, donde eran dueños y señores del paisaje y del tiempo, cuando el pueblo dormía su siesta y el sol brillaba, entibiando sus cuerpos, que sin él igual ardían al estar juntos.
La pasión era motor en esas escapadas y en lo ardiente del momento, como si fuese siempre la primera vez, la emoción hacía *perder la* cabeza; como cuando, él le ofreció, cual semental, "llenarla toda para que le pudiera dar un hijo". La calma se apoderó de ella y logró parar esa ola de semillas a punto de volar, y aún cuando luego, deseó haberse mordido la lengua, y sólo amar.

Han caído muchas hojas del calendario desde que comenzó la historia de la Profesora de Arte y el Señor de aquel Reino, y muchas cosas han sucedido, en especial para Silvana, quien lleva dentro de sí, no al hijo en susurro deseado, sino un *Amor* tan grande que ha herido de gravedad el corazón de su marido, quién lo ha descubierto todo; un amor tan intenso, que es rechazado por su amante, por no ser capaz de responder igual; un amor, que se ahoga en el llanto junto al mar, cuando no puede volar.

Ella dice que sólo se alejará de él cuando sea el momento; mientras, ruega a Dios que nunca *llegue ese* sufrimiento.

Ha vuelto al aula, a sus clases, pero cuenta que día a día sube hasta una colina, desde la cual se divisa tenuemente el Reino, que en otrora fuera suyo, como designaba románticamente el sector donde él vive, y a veces se escapa a las cercanías de aquel lugar, para simplemente disfrutar del paisaje que él tiene desde allí.

A veces, también lo ve junto a su familia y cree verlo feliz.

¿QUE SIGNIFICA AMOR?

Ver caminar sola a una mujer por este lugar, es casi natural, pues suponemos que requerimos de mayor silencio y soledad para compartir nuestros sentimientos con el mar, sin embargo, hace un tiempo que veo y observo el deambular de un hombre.
Al margen de ser poco frecuente que camine y recorra con la vista el horizonte, su aspecto dista mucho del típico hombre de este pueblo, de la Caleta, de este rincón.
No es muy alto, pero esbelto; recio su pecho, pero apacible; una frente amplia, pero hacia atrás, una larga cabellera ondulada, que cuando la deja libre, flota como algas en el mar. Parece haberse escapado de un libro de historia; entre caballero de armadura y monje perdido del espacio. Era un tipo muy diferente a los demás.
Siendo tan especial, no debió llamarme la atención la primera vez que le vi llorar. Más, cuando se cruzaba con alguien, especialmente una mujer, su rostro se iluminaba y sereno sonreía, de manera tal, que provocaba placer e inquietud en aquella que recibía el saludo cordial de esa sonrisa.

Fueron varias las visitas que realizó al malecón, y con igual tristeza en su mirar. Hasta que un día, estando ya por cerrar mi bazar, llegó hasta allí; en sus ojos se veía que las

lágrimas querían escapar, me pidió le mostrara un amuleto para conservar el amor. Lo miré directo a los ojos y empezamos a conversar; en realidad, yo comencé a escuchar.

Siendo recién estudiante de la cátedra de Historia, conoció a la que es hasta hoy su mujer. La vida los hizo recorrer, un tiempo, caminos separados, pero volvió a reunirías en una unión que dio fruto tres hijos, que coronaban una relación que creía eterna y férrea, como la fe de los santos; sin embargo, hacía sólo unos cuantos meses, justo antes de un nuevo aniversario, se enteró que su adorada, le era infiel.
¿Cómo podría censurar, reprochar, hacer un comentario cualquiera al verlo llorar, después de escucharlo?.

Se marchó cuando el sol se acostó. Cerré el bazar, caminé hasta, el borde del mirador, y lloré.

Varios días después lo vi venir directo hasta aquí, su rostro estaba plácido, traía en sus manos un libro que hablaba sobre las Hadas del Mar; dijo que yo era una de ellas y que tenía que tener ese libro. Lo depositó sobre el mostrador, sonrió y se marchó. Inmediatamente lo tomé en mis manos, lo acerqué a mi pecho y lo abracé; luego comencé a hojearlo, y entre unas páginas de color, hallé una carta marchita; salí con ella tras de él para entregársela, pero no lo vi más.
Antes de leer el libro, leí, aún siendo delito, esa carta y lo que allí descubrí...

¡Hola papá!:
Hace tiempo que no voy a verte, y como tenía necesidad de hablarte, y aún pareciendo contradicción, he venido a refugiarme a este lugar, por que creo que aquí puedo desgarrarme, sin que a nadie le llame la atención.
¿Sabes?, me ha tocado vivir en los últimos meses, todo el dolor que en la vida entera podría haber sentido. No podría comparar, pero cuando te fuiste, mi corazón estaba ya resignado; sin embargo, lo que vivo hasta hoy, me tiene impactado.
Cuantas veces he lamentado el que no hayas alcanzado a conocer a Silvana como mi mujer, o haber disfrutado de los nietos maravillosos que tienes, pero especialmente ahora, lamento no poder abrazarme de ti, y llorar como un hombre.
Había estado viviendo una irrealidad tal, donde, si algo andaba mal, de nada era yo responsable, pues me parecía representar ante todos y especialmente ante mí, a un tipo bonachón, responsable, dedicado a su trabajo y su familia, capaz de mantener excelentes relaciones con todo el mundo.
Sin embargo, hace ya no sé cuantos días, me echaron por tierra toda esa imagen.
Mi mujer, serena y enérgicamente me ha pedido la Separación.
Gritar, explicar, no cabían en esa conversación, solamente callar y dejar correr las lágrimas de la impotencia, ante un mar que me caía encima.
Película clara para ella, quien estaba decidida a llevar esta situación hasta las últimas, al punto de sugerir donde podía irme a vivir. Ya no me quería junto a ella.
Me reprochó la falta de atención, la falta de ambición personal, la falta de un lugar propio que llamáramos hogar, pero nada de eso la impulsó, según dijo, a decidir alejarse.
No podía comprender entonces qué era lo que ocurría. Comencé a poner atención en su persona, quería descubrir en su ser la o las razones de tan dramática resolución. Conocía sus sueños, pero nunca los había visto; conocía su mirada, pero nunca había visto el objeto de su mirar; conocía su sonrisa, pero no sabía como brotaba de su boca; creía conocerla y sólo aprendí que era una mujer desconocida para mí. No podía explicar de otra manera, al trazar una linea entre sus ojos y a quien miraba; entre su boca y a quien sonreía; entre sus sueños y quien la hacia suspirar. Silvana había encontrado en otro hombre la razón para dejarme.

No eres tú a quien primero le confieso este dolor. En estos días han llegado hasta mi puerta, varías mujeres, que me han querido escuchar; ellas, desde su perspectiva me han aconsejado, al tiempo que me abrieran sus propias puertas, por si quisiera entrar.
Estoy muy confundido: tengo claro que aún estoy enamorado de mi esposa, pero la rabia, la pena, me gatillaban el deseo de darle a ella el mismo trago.
Pasan los días y las cosas se siguen moviendo de lugar, como una hoja seca arrastrada por el viento otoñal.
Tengo de ella la confirmación, el nombre y los detalles que nunca, marido alguno, quisiera saber de la infidelidad de su mujer, porque duele, porque nos deja claro, que nunca ha sido tan nuestra como creíamos.
Ahora conversamos más que antes, sobre nosotros, individuales como personas, compartimos lagrimas y sonrisas, pero no puedo hacer de cuentas que nada está sucediendo.
Cuando estoy a kilómetros de aquí, sumergido en mi trabajo, hago el esfuerzo de no pensar, imaginar, más no lo consigo. ¿Cómo puedo evitar suponer que ella está entre sus brazos?, ¿Cómo puedo evitar pensar que me rechaza amablemente con una sonrisa, cuando me acerco, por que ha estado esa tarde en su cama?, ¿Cómo se puede seguir respirando cuando te quitan el aire?.
Papá, tú y yo jamás hablamos de hombre a hombre, no me dijiste que hacer cuando se sufre. Espero que no sea demasiado tarde, como para que me guíes desde donde estés.
Me he vuelto abierto y comprensivo, con el corazón a flor de piel, dispuesto a no ver, a no escuchar, a no decir nada, con tal que me deje quedarme a su lado; con tal que me permita seguir amándola, no como siempre, sino, habiendo aprendido entre desgarro y ausencia, que hay otras formas de amar intensamente.
Amar, no es dar todo por la otra persona; Amar, es renunciar a todo, para estar dispuesto a recibir lo que te quieran dar.
Se que ella me quiere todavía, pero sé también y con dolor, que ella está enamorada de él.
Tengo la esperanza, aún a riesgo de ser alejado nuevamente, que esa relación no tendrá futuro. ¿Te conté que él también es casado y tiene familia?.
He vuelto a hacerle el amor, y si bien percibo su sensibilidad, y conozco sus reacciones intimas, no soy capaz de asegurar que ella está completamente conmigo.
INol, no la juzgues mal por tener ahora esta doble relación, soy yo quien acepto, porque no quiero perderla... ¿y ella?...

Ella *está cambiada, tiene la savia fresca y la usa para crear magia. Ella está liberándose de sus cadenas y me ha enseñado a hacer lo mismo con las mías. Ella me ha permitido verme al espejo de mi propio yo y aunque no me ha gustado mucho lo que he visto, puedo enfrentarlo.*
Ella sigue siendo la madre de mis hijos y la única mujer que ha podido darme y quitarme la vida, y luego volver a dármela. Ella sigue siendo la mujer que amo.

Querido Papá, espero que cuando pueda hacerme presente, allá en La Paz, pueda contarte algo alegre.

Te recuerdo siempre.

QUIERO CONFESAR MI AMOR.

Desde mi local del malecón en la Caleta, divisé a lo lejos -pero acercándose- una figura varonil que, recortada sobre el paisaje, me recordó a aquel, que sacudió la existencia de la maestra de arte que visitaba este rincón.

El hombre caminó unos pasos, casi sin rumbo, y volviendo a su vehículo blanco como espuma de mar, sacó de él unas hojas de papel que de cara al viento las lanzó a volar. Los papeles, cual plumas arrancadas a la vida, giraron y se perdieron en diferentes puntos del roguerio; más unas casi buscándome, llegaron hasta mí.
Al ver que todas se alejaban, regresó al automóvil, encendió el motor y creyó que nadie más sabría lo que ahora solamente él guardaba en su memoria.
Cuando se hubo marchado, cogí firmemente en mis manos esas hojas de papel para que ninguna conjunción de vientos me las quitara, y las leí.
Se trataba de una carta dirigida a un amigo, en la cual decía...

La misma región en el mismo país. Recordado Amigo:
Hace ya un buen tiempo que no te escribía, y ahora que inicio esta carta, me doy cuenta que sería más fácil contarte lo que me ha ocurrido, si estuvieras tomándote un trago conmigo, pues en el papel te parecerá otro más de mis relatos editados, y no una confesión como es.
Se que me conoces como para señalar detalles de mi vida; sin embargo, creo que como afirmación de mi persona es preciso que diga: Estoy bordeando los 40 años, y de esos son muchos los que llevo casado y con hijos. Mi vida es bastante simple, yendo y viniendo sobre un camino trazado. Las únicas emociones que he tenido últimamente son las que me hacen divagar ante los rostros desconocidos, sobre los cuales escribo historias que nadie leerá.
Me siento con las metas cumplidas para alguien como yo, pero consciente en el fondo de mi ser; que algo aún me falta.
¿Cómo podría explicar entonces qué?. Tengo en mis manos un libro que no he comenzado a escribir, pues me estoy dando tiempo para conocer cada rincón del paisaje que tengo frente a mí.
Sabes que siempre me ha llamado la atención cómo.en este lugar de la costa, que he transformado en mi hogar permanente, se han concentrado los más atractivos semblantes que en un solo sitio se pudieran hallar. Los hay diáfanos con aire europeo; fuertes como las raíces de nuestro pueblo; embriagadores como las noches de tertulia; exóticos como las playas del caribe y simples como la más hermosa sonrisa.
Sí, definitivamente encuentro más irresistible la naturaleza humana, que aquella que pone el marco para que esta se destaque.
Así, acostumbrado a mirar y devorar con los ojos a *cuanto transeúnte pasara junto a mí, no supe qué hacer al encontrarme frente a frente con aquellos ojos de mujer, que más que mirar, me quitaban hasta el aliento.*
¡*Qué ganas de dar la vuelta y desaparecer!. Por primera vez me cuestioné si ¿Se sentirán así las mujeres a las que miro sin pedirles permiso?, ¿se sentirán así de incómodas?, ¿qué se hace en esta situación?. Como hombre, macho, la respuesta sería evidente; pero, cuando te toman de sorpresa ¿qué?.*
Me calmé reconociendo que había sido sorprendido con una dosis de mi propio trato, pero que no ocurriría nuevamente.
¡Ay amigo!, Qué equivocado estaba, ya que me volvía encontrar con esos ojos que iluminaban un rostro sincero, que no había visto antes y que comenzó a hacerse familiar, al punto de buscarla en mi diario recorrido por las calles.
¿Qué tenía aquella mujer que parecía recién haberla descubierto?, ¿dónde había estado antes?.
Evidentemente algo estaba pasando en mi interior y no sería eso nada más lo que pasara. Inesperadamente, esa mujer un día se me acercó para hablar -ya no sería un misterio, pensé-. Tuvo la iniciativa de buscarme conversación, y como me confesó, quería conocerme. Fue breve, pero suficiente para que no pudiera dejar de pensar en ella después. Recordaba no sólo su rostro, su mirada, sino incluso, hasta su olor a mujer, que emanaba como perfume de la más bella flor.
Volví a verla, y después que nuestras voces se conocieron, me parecía un infierno no poder hablarle; pero sabía que no era conveniente, pues en lugar tan pequeño y con

personas tan singulares como las que tengo de vecinos, el solo acercarme a ella, podría significar rumores y mal entendidos.
Los sucesos se han agolpado en mi existencia con tanta premura, que casi no he tenido tiempo para darme cuenta, cómo hemos llegado a donde estamos.

¡Qué locura!
Hace un par de semanas, ni siquiera había reparado en la presencia de ella en, las calles, y hoy simplemente, no puedo concebir un conjunto de días así, sin haberla visto o tenido entre mis brazos.
¿Qué pasó, te preguntarás?. La respuesta es, ¡Todo!.
Mi vida aparentemente no ha tenido cambio alguno; nadie de mi familia podría imaginar siquiera que, un estremecimiento me recorre el cuerpo cuando pienso, veo o estoy con esa mujer, a la que conocen e identifican por su labor en la comunidad. ¡No!, Definitivamente nadie puede saberlo.
De haber sospechado lo que ocurriría, no me habría detenido a mirar otros rostros. La habría buscado para tenerla antes, más, supongo que fue cuando debía ser.
Aunque creas saberlo, te contaré con el respeto que se merece ella, que íntimamente me ha devuelto el sabor, el interés y las ganas, na sólo de hacer feliz a mi pareja, sino tener la libertad para disfrutar con ella de mi propia sexualidad,. Darme por entero y gozarlo como hace también ella en mí.
Ninguno tiene asignado un tiempo para esta relación clandestina. Ambos sabemos que lo nuestro no es "para toda la vida", como a cada cual le dijeron al contraer matrimonio; sin embargo, la pasión, la intensidad y el sentimiento que media entre nosotros, es simplemente sin limites.
Conocemos y corremos riesgos en cada encuentro, pero la adrenalina que botamos es tan estimulante, como el mejor afrodisiaca; el placer no sólo tiene sabor a sexo, sino también a compañía, comprensión y mucha tolerancia.
Tolerancia, paciencia y hasta resignación es lo que mi Amante ha debido demostrar, para estar cada vez conmigo. Entre caricias y susurros, ella me dice al oído lo que siente. Yo, aún no puedo con palabras decirle lo mismo, pero no podría negárselo.
Como ella, a mí también me ha tocado demostrar grandeza de espíritu y generosidad, con quién no me pertenece.
Te dije que era casada, y no puedo ni debo sentir celos al verla junto a él o saberla enredada en las mismas sábanas.
Me consuelo de tener la certeza que, en mis brazos, ella es sólo mía.
Cuántas cosas hay que aprender del diario vivir.
No hay un tiempo para cada cosa, sino una persona para cada etapa de nuestra vida y que esa experiencia, ese regalo de vida no se puede rehusar: se debe aceptar y dar gracias.
Soy feliz de manera tan particular como ésta, sin querer saber hasta cuando, evitando cualquier manifestación pública de nuestra relación; respetando el hogar que tengo con mi esposa y siendo cordial en el saludo con el marido de mi amante. Soy feliz hoy y podré serlo siempre, aunque esta historia termine, pues pude ser capaz de vivirla.
Tengo en mis manos un libro que no deseo escribir, porque toda la historia la llevo en mi piel.
Sé, amigo mío, que después de leer esto, tendrás curiosidad de muchas cosas; pero en nombre de esta amistad, te pido que no preguntes nada, algún día -quizás- pueda revelarte quien es ella.
Necesité contar lo que me ocurre, ahora estoy más aliviado. No es fácil ser el único confidente de tu propio secreto.

Tu amigo y hermano que te agradece.

CUANDO ES MEJOR NO SABER.

Tatiana es una jpvencita que llegó a nuestro pueblo junto a su familia, y aún cuando ya emprendía poco a poco el vuelo sola, sus alas estaban amarradas al nido de sus padres.

Desde pequeña demostró a todos que era capaz de hacer muchas cosas que para otros, habrían sido francamente imposibles.

Poseía esa personalidad especial de quienes se dejan atrapar por la atmósfera de este lugar, aprendiendo a llevar su ritmo para poder trazar su propio camino, aún la pena que aprendió a callar.

Por una extraña afección, la madre de Tatiana se mantenía lejos de su familia, pudiendo visitarlos bajo condiciones muy especiales. Son tantos los años asumiendo esta condición que nada se detiene por esto.

Debido a esta ausencia casi permanente, la muchacha se había visto forzada a asumir responsabilidades de los roles que cumplía.

La madre desde que la muchacha era pequeña, le había enseñado a llevar la administración del hogar, y gracias a la ayuda incondicional de la anciana y querida Nana, esa labor se simplificaba bastante.

Ser amiga y compañera mayor de sus dos pícaros hermanos, tampoco era tarea que no pudiera cumplir, pues eran lo suficientemente cariñosos y responsables, como para no dar problemas en casa o él colegio. Pero lo que no era tan fácil, era conjugar el rol de dueña de casa al lado de su padre; ser amiga de su madre e hija de ambos. Su relación sin condiciones para con ellos, provocaba cierto descuido en su propia vida, pues siempre parecía estar debiéndoles lealtad. Sin embargo, todo eso estaba ¡bien ya que Tatiana amaba a su familia así, en forma absoluta, aceptando con respetó y cariño lo que naciera de ese núcleo.

Era sin dudas una jovencita libre de dobleces, trabajadora y optimista; razones por las cuales, sus padres le ofrecieron entregarle herramientas con los que ella podría desenvolverse en la vida o simplemente para poder demostrar todas sus capacidades. De esta forma, luego de dejar cada día organizada la casa, partía a estudiar Administración, para concretar él sueño de recuperar el negocio de su padre.

Su padre; un hombre joven aún, debió como muchos, enfrentar reveses económicos que lo obligaron a continuar con su labor comercial en su casa, lo que hizo que su mundo se redujera a sólo ese cuadrante. Pero tanto esto como su inusual relación matrimonial ya le era normal.

Con su hija tenía una comunicación muy sincera que los hacía más amigos que nada. Ambos sabían que se podían confiar lo que fuera. Era tan especial esta relación de cariño y amistad que, para muchos que no los conocían, pasaban por una pareja unida.

Tatiana creía en su padre, en el amor de toda una vida que profesaba: a su madre y aunque un poco cansado por tan larga prueba de separación, ellos daban ejemplo de lo que ella soñaba encontrar en su camino,

Amores y desilusiones ya conocía el corazón de la niña, pero siempre recurría a la ilusión y la imaginación para convencerse que en algún lugar se hallaba ese hombre semejante a papá, que la amaría sin condiciones, ese hombre al cual ella podría entregarle su vida, que nunca la traicionaría, ese hombre que hasta que no apareciera, sólo podía verlo en su padre.

El padre que acostumbraba a repetir el mismo esquema durante cada día de la semana, fue variando en detalles de horas, días o lo que se hizo más sospechoso; llamadas telefónicas que nadie respondía.

Tatiana comenzó a poner atención, sin embargo también buscó hasta encontrar, todas las posibles explicaciones a esos cambios, por tanto, en conclusión, sólo se trataba de casualidades que provocaba el destino.

Vicente y Manuel, eran los hermanos, dos niños adorables cuyo mundo es el de la diversión; aunque entre risa y risa lamentaban la falta 'permanente de ¡Mamá!.

Manuel tenía un grupo de amigos con los cuales se visitaba y hacia partícipe a su hermano. Juntos se entretenían yendo y viniendo de casa de sus amigos los fines de semana. Era tanto lo que representaban para ellos esas salidas, que ni la presencia esporádica de su madre, les impedía ausentarse.

A todos les entretenía ir a dejarlos o recibir a tanto muchachito revoltoso, que correteaba por la casa. Más, había una situación que resultaba especialmente agradable de eso, y era recibir junto a los chicos, aquella ofrenda de amistad que enviaban sus madres y muy particularmente la de uno de ellos, que tenía muy buena mano para los dulces y tortas, y que en ocasión del día de la Madre; se puso de acuerdo con los niños para que estos le obsequiaran una pequeña, pero sabrosa torta preparada por ella.

Que bueno era que sus hermanos tuvieran amigos tan buenos y madres tan cariñosas, sin embargo ¿podía ser todo tan sano y natural?.

Su papá comenzó a demorar su llegada a casa luego de ir a dejar a los Chicos a la escuela y de vez en cuando, salía en horarios que antes siempre estaba en casa, metido entre sus cosas, ¿quería decir algo?. Quizás sólo se trataba de un cambio para no aburrirse.

Si estuviera mamá con nosotros, esto no ocurriría - pensaba Tatiana-, pues ambos se tendrían mutuamente y nadie necesitaría hacer cosas inusuales para estar mejor.

Los estudios iban bien, sus hermanos y mamá mejoraban en Jíí lo suyo con alegría, el amor de ese amigo se le ponía esquivo y aunque no requería de consejos a ese respecto, sabía que su padre estaba pendiente de con quién salía o a donde iba. Esas cosas si bien por momentos le incomodaban, podía entenderlo, como una forma casi natural en que él le expresaba todo el amor que le tenía. La vida era buena para Tatiana.

Un fin de semana en que los médicos autorizaron a su madre a viajar a casa, pudo notar que su padre estaba muy ansioso. ¡Es lógico! -pensó-, ya que hace tiempo que ella no venía; pero ella llegó y él no fue particularmente efusivo en el recibo y por el contrario, su nerviosismo casi fue en aumento. Almorzaron todos juntos y los chicos recordaron que les tocaba ir a ellos a casa de uno de sus amigos. Todos se encaminaron a dejarlos. El padre trataba de aparentar normalidad ante esta salida familiar, pero bastó con llegar a aquel lugar y ser recibidas por la dueña de casa, para percibir que la razón de su estado alterado, era por ella. Dejaron a los niños y riendo con mamá, *regresaron* los tres al hogar.

No quería pensar en lo que había sucedido, pues no podía explicarlo, pero "algo" ocurría entre su padre y aquella mujer.

Tatiana dejó que el tiempo transcurriera sin dar mayor importancia a ese "presentimiento de mujer", no se hizo mayor cuestionamiento, más sin explicación concreta, *siempre* estaba dispuesta a acompañar a papá, cada vez que iba a dejar a sus hermanos o traía consigo a los amigos de ellos a la casa, siempre que su horario se lo permitía, iba con él hasta la escuela, pues sin querer, temía descubrir "algo más".

Entre todas las cosas de las que se encargaba Tatiana, estaba el ir a pagar las cuentas, especialmente la del teléfono, de la cual se sentía un poco más responsable que el resto, por ser muy conversadora. Fue así, como algo casi rutinario, que llegó hasta el centro de pago, y estando allí tuvo el impulso de saber cuánto del total de llamadas locales eran suyas, pues era claro que las de larga distancia le pertenecían a su padre, cuando se comunicaba con mamá. Pidió entonces el detalle de esas llamadas.

iOhl, Cual fue la sorpresa al notar que un número que no reconocía, se *repetía* en forma constante. El detalle era un listado de las llamadas realizadas los últimos meses y a lo largo de todo ese tiempo, aparecía ese número. Tatiana regresó a casa muy contrariada, no sabía explicar aquello.

Estando sola en su cuarto, reviso nuevamente ese listado y fue encontrando pautas que se *repetían,* como hora y día. Juntó ambos datos y concluyó que esas llamadas las habían hecho en horario y días en que ella y sus hermanos, e incluso la nana, no estaban en casa. ¿De quién era ese número?.

No quería pensar en nada, pues corría el riesgo de enterarse de cosas que podrían dañarle y su vida marchaba muy bien como para arruinarlo por ¿sospecha?.

Esa misma semana, antes que se borrara de su mente aquel teléfono, Manuel, que estaba ocupado con sus *quehaceres* escolares, le pidió a Tatiana que llamara a uno de sus amigos; le indicó donde encontrar el número, al contestar, él hablaría.

Inesperadamente el cielo que brillaba con un hermoso sol, comenzó a llenarse de nubes grises, al punto de ponerse todo oscuro ...todo oscuro se puso cuando, coincidencia fatal, el número que debía marcar era el mismo que se repetía por meses en aquella cuenta.

La madre de la muchacha está adquiriendo defensas artificiales que, por lo menos, le permiten *quedarse* más días cuando va a ver a sus hijos y marido; el clima está cambiando y eso facilita su mejoría, pero pareciera, nunca al punto que pueda venir a instalarse definitivamente junto a ellos.

Hace unos días, una amiga de Tatiana, de esas que no sabemos si *agradecer o* maldecir por sus intenciones, como un favor, la puso en advertencia de lo que se decía por el pueblo: "Tu padre tiene una Amante" ICuidado!.

Su padre, ese *hombre* intachable, humano e incapaz de hacer algo que provocara un daño a su familia y menos a su mujer. Su *padre,* que siempre ha estado pendiente de sus cosas para evitarle algún sufrimiento.

Su padre, a quien siempre le ha podido confidenciar sus fracasos y *alegrías.* Su padre... ¡No! Él no *puede...*

Su cabeza daba vueltas y había sólo una manera de saber. Tenía que preguntarle cara a cara.

"¡No hija! Eso no es así, debe haber un malentendido". Fue la respuesta de él.

Tatiana escuchó salir de su alma un suspiro. Quería, deseaba y necesitaba creer en su padre, pero ...ella sabía la verdad.

RECORDAR:

Traer de vuelta A los ojos.

Había pasado recién un mes desde la última vez que estuve en sus brazos, y que luego de decirnos ¡Adiós! entre lágrimas y gemidos, nos hicimos el Amor.

Habían pasado recién 30 días y aun de mis heridas brotaba fresca la sangre que se aclaraba con las lágrimas que ahogaban mi ser, más por dentro que por fuera.

Lo vi, lo miré y sólo me quedo ir tras mis huellas en el mar. Sabía hacia donde me dirigía, pero no supe cuanto tiempo me tomó.

Llegué sobre la arena y comencé a caminar, no podía mirar a la mar que desde lejos se quiso quedar. Caminaba sin ver mis pasos, pues mis ojos rebalsaban su capacidad. Caminé sin darme cuenta de quien pasaba junto a mí.

Me detuve entre unas rocas que en muchas ocasiones me vieron pasar por allí. Me senté junto a las algas que descansaban su bambolear. Cerré los ojos y sin vergüenza, con todas mis ganas me puse a llorar.

En cada gota salada que por mi rostro resbalaba, se iba un recuerdo de quien amaba.

Poco a poco pude mirar a mí alrededor, mientras escuchaba el silencio de mi amiga la mar.

Fue entonces cuando la vi, estaba sentada un par de rocas más allá, hilando perlas con la espuma de mar. Al verme, con una diáfana sonrisa me saludo y luego de presentarse: "Soy Mariensueño", me invitó a sentarme junto a ella, pues dijo que debía

contarme la historia de aquel collar. Cogió un extremo de la espuma, rozó con sus dedos la primera cuenta y comenzó:

"Esta ha sido siempre la más hermosa y la que siempre repito en mi diseño de Amor, pues es la única verdadera.

La encontré una mañana que parecía de primavera y al instante me prendé de ella.

Durante largo tiempo cuidé mucho esa gema, pero sin saber por qué debí separarme de ella, hasta que sola volvió para quedarse en mí cuello y no separarse de mí.

Pero la mar, esta que nos recibe ahora amable y generosa, entonces fue celosa y de mi cuello la arrancó".

Escuchaba a Mariensueño y recordaba, lo recordaba todo; el principio, la pasión, pero más que nada recordaba el ¡Adiós!.

"Recorrí muchas playas buscando alguna perla que se le pareciera. Hilé hermosos momentos con las que encontré, pero no podía olvidar la alegría que me había entregado esa verdadera perla de mar.

Pasaron muchas primaveras antes de volver a verla y cuando la mar me dejaba, la apretaba contra mi pecho, para que me atravesara y se me hundiera en el alma.

Las corrientes marinas han sido siempre más fuertes que un débil amor y estas se llevaron mi perla al sur, donde los hielos y el oleaje la la alejaron más y más.

Un día, estando en la playa, una gaviota peregrina que venía desde allá, me trajo la noticia: "Tu perla encontró en otro collar un lugar".

Supe con certeza que había muerto, pero no tenía claro si él o yo.

Comprendí que aunque nunca lo arranque de mí, lo que ha muerto por descuido, no volverá a nacer.

Escuchaba la simple y profunda historia de Mariensueño, y llegaban hasta mi cabeza las preguntas que solas se contestaban al verla.

Ella era como otra mujer de mar, que sentada frente al casi en trance jubiloso, sin cesar ponía perlas imaginarias a su collar, para no perder más la cordura por ese querer que no le supo responder.

Era demasiada coincidencia para mi piel, quise dejarla sola, no quería terminar como aquel capullo de papel.

El sonido de la mar se fue haciendo más humano y de pronto descifré los códigos de los recuerdos y el dolor.

Mi vida no terminaría allí frente a ese fantasma, mi vida era contar historias por mi recogidas, debiendo aceptar que en cada una de ellas, una y otra vez volvería a llorar, pero que al final, el dolor sólo sería un recuerdo, como perlas de ese collar.

Le dije ¡Adiós! a Mariensueño, aunque nunca me escuchó.

Al ponerme de pie y ver nuevaménte el horizonte, supe que al mirar hacia abajo, volvería a encontrar las conchuelas, sílice y piedras lustrosas, que dan forma a mis palabras. Y a pesar que en apariencia deshice mi andar, no volví a caminar sobre mis huellas.

Miré de frente a la mar, lavé mi rostro con su sal y jugué con las olas antes de volar.

Como en toda Metrópolis, en ésta se encuentra un sin fin de seres que cargan sus propios territorios inexpugnables. Este era el caso de Vicente; un hombre aparentemente igual a muchos. Trabajaba desde muy joven en un taller de maniquíes, donde semana tras semana armaban decenas de cuerpos uniformes que sólo por simples detalles se transformaban en rudos varones, tiernos niños y seductoras doncellas.
El proceso era el mismo desde hacía 20 años, ni las nuevas tecnologías lograron que aquello se modificara, pero nada le importa, ahí era un operario más.
Al comienzo, el trabajo era lo suficientemente atractivo; ¿cuántos podían decir que manipulaban torsos y piernas de mujeres todos los días sin que se quejaran?, pero como todo lo rutinario, terminó por aburrirlo. Lo malo es que no sabía qué otra cosa hacer, ya que había entrado como aprendiz y en ese tiempo, hizo de todo; desde acarrear las materias primas, hasta él mismo modelar pieza por pieza, armarlos y embalarlos.
Al salir de su turno, e ir a su hogar, caminaba por las calles hasta llegar al principal centro comercial de la ciudad, pero no lo hacia para ir a mirar esos cuerpos, con vestuario de alto costo. Él iba para observar a todas aquellas mujeres que soñaban con esas prendas de vestir y no valoraban el arduo trabajo que significaba que todo luciera divino. Buscaba figuras y rostros que le trasmitieran un sentido; un secreto que las transformara en seres especiales.
Sin embargo, un día, no fueron semblantes reales lo que atrajo su atención, sino la vitrina de una librería de arte, donde en primera fila había una portada en la que aparecían dos esbeltas mujeres morenas, que tenían lo que él buscaba.

Entró a preguntar por ese libro y se enteró que era una biografía del artista polaco Otto Mueller, el que -influenciado por su herencia gitana- había desarrollado su obra en torno al

rescate de la cultura y belleza de sus mujeres. El libro en cuestión estaba fuera de sus posibilidades, por lo cual salió de allí sólo con la certeza de haber visto lo que él sonaba.
Dos días después, se dirigió a una biblioteca pública, donde pudo revisar toda la bibliografía dedicada al artista. Miró hasta extasiarse los espigados cuerpos de una dignidad más allá de lo conocido. Eligió precisamente la imagen de la portada de ese primer libro y compró una litografía.
Los días pasaban sin cambios visibles, pero para Vicente todo era diferente. Se había obsesionado con esas cíngaras y las imaginaba entre sus manos, no sexualmente, sino como modelos para los maniquíes de siempre.
Se quedaba en el taller después de su horario, y ensayaba una y otra vez el modelado. Hacia y deshacía, pues no quería solo su belleza externa. Necesitaba retener la esencia de esas criaturas, lo que había logrado el pintor; hacerlas trascender en el tiempo. Tanta devoción tuvo al fin su recompensa, ya que consiguió sacarlas como molde y reproducidas con exactitud.
Al siguiente día descubrió que sus musas se habían fracturado en muchas partes. Ante ellas, se arrodilló y sin querer evitarlo, lloró desconsoladamente. Recogió cada trozo con tanta delicadeza, que más bien parecía que cargara a un lactante, y con todo, se devolvió a su casa.
Todo el resto del día se dedicó a unir los pedazos. Al finalizar, optó por darle una pátina de pasta de piedra, con lo que daría resistencia al arreglo. Sin embargo, ese enlucido no logró borrar las grietas, que asomaron como profundas cicatrices.
Al pasar frente a la ventana de su casa, se puede ver a esas hermanas de piedra, que observan nuestros pasos inquietos, mientras ellas nunca sabrán lo que es vivir.

Llegué a esta colina un día de Otoño, cuando los colores se funden con la tenue luz, que todo lo inunda, dejando un manto de amarillo pálido que suaviza los contornos.
Al hacer el largo viaje que me trajo hasta aquí, nadie me habló de lo que significaría dejar mi tierra materna y trasladarme al otro lado del planeta, donde todo sería diferente. Por tal razón, no puedo hacer comparaciones, ya que sólo conozco lo que he visto.
No se los he dicho: llegué aquí, sin los míos.
No recuerdo mucho cómo eché raíces, si alguien me acompañó durante ese período o si para variar me las arreglé como pude; lo que he guardado son las sensaciones que experimenté año con año, en cada cambio de estación.
Me agradaba darme cuenta, sin mirar un calendario, en qué época del año estábamos; ¿lo recuerdan ustedes?
Los otoños eran de caricias y juegos serenos, las hojas salían a bailar con cualquier pretexto, las flores se retiraban más temprano a descansar y la luna por las noches, coquetamente nos guiñaba un ojo. Pocos eran los que venían hasta aquí, no gustaban de la brisa fresca que les recordaba el inminente invierno que llegaría.
Invierno; aroma a tierra mojada, arroyos cantarines, matices de grises combinados con el escaso color de las perennes. Lluvia; aguaceros descontrolados, marejadas para cerrar los puertos y amarrar los navios. Silencios prolongados como un suspiro y que sólo escuchaban aquellos que venían en busca de un arco iris en el horizonte, preludio de la caprichosa primavera.
Cuando se acercaba, todos lo sabíamos, pues no había ser en el mundo que no brotara de alegría. Era la ocasión de vestir mas liviano, de correr por la colina impulsado por el viento tibio que despeinaba las hierbas y hacia soñar los volantines que lanzaban los pequeños, como si en ellos pudieran sembrar el cielo de formas y colores luminosos. La primavera provocaba una inundación de esperanza, la posibilidad de continuar siendo lo que somos.
¡Oh verano!, lo mejor de tu arribo, era el dulce sabor de tus manjares, las risas desbordantes de quienes retozaban bajo los rayos del sol o se bebían la mar en cada zambullida, para luego aletear, y al volver a respirar, sumergirse una vez más. Sólo al

caer la tarde, algunas parejas me acompañaban, era el momento del crepúsculo. Parece que ejercía cierta atracción indescriptible.
Mi vida era como debía ser, como nadie me dijo que sería. Fui cambiando, haciéndome más fuerte pero no más robusto, siempre con una contextura delgada, flexible, plástica. Nadie tampoco me dijo alguna vez que luciera bien o mal, si sobraba o faltaba algo, ni siquiera preguntaron si estaría mejor con compañía; tal vez era irrelevante, por qué preocuparse de mí.
Un día de otoño, llegó hasta aquí una joven de aspecto frágil. Venia sola, como yo, hace ya tanto tiempo.
Sonreía, aún cuando por su mejilla bajaba una lágrima. Al momento de retirarse, con su mano me rozó con delicadeza. Nunca antes me habían tocado.
Al día siguiente vino directo hasta aquí, una vez más sonrió, se sentó y apoyo su espalda en mí. Inmediatamente sentí el calor de su cuerpo, el que me estremeció.
Sus manos venían cargadas de pinceles y pomos de pintura, que deslizaba por sobre una tela inmaculada, pero que se hacía más bella al ser manchada. Por momentos, no supe reconocer cuál era el lienzo y cuál el firmamento.
Desde entonces el paisaje cambió; la atmósfera está cargada de sus colores, el océano se bambolea arrullando los rayos de sol, el viento canta entre las hojas; el silencio, ahora es un abrazo, y el crepúsculo me hechizó. La colina se ha transformado en mi hogar; ya no soy el árbol solitario de antes.

Bajo las gélidas aguas de nuestro océano, se pueden hallar muchas especies marinas que en ninguna otra latitud podrían vivir, pero así mismo, transitan algunos seres de muy lejanas distancias. Llegan por la carretera de las corrientes submarinas, que recorren todos los mares del planeta. Sin embargo, por más concurrido que esté en algunas épocas, la frialdad se ve por doquier. El fondo es tan profundo, que el cielo más oscuro es claro si lo comparamos, el sol sólo alcanza algunos cientos de metros de profundidad, lo que hace imposible que peces coloridos y maravillosos atolones de corales nos alegren la vista, definitivamente no encontramos colores.

Mi vida se parecía a ese mar, lleno de sombras silenciosas, que nada más, invita a la zambullida unos cuantos meses en verano, cuando refleja el celeste del cielo durante el día y luego, se tiñe de color al atardecer.
Un día de primavera, cansada de arrastrar los pies por la arena mojada, visualicé a la chica de Trieste y a la poetisa Alfonsina. La mar silente me invitaba a conocerla. Caminé sin mirar atrás, además, para que si allá no había unos brazos cálidos que quisieran cobijarme, caminé sin mirar atrás y me sumergí.
Al ir descendiendo, fui viendo algo sin igual; una pareja de agua, que danzaba entre cintas de maravillosos colores. No sentía temor, sino una alegría que salía desde dentro y me iba transformando en luz; de hecho, todo en torno mío se fue haciendo luminoso.
Pude ver entonces, criaturas desconocidas que jugueteaban con mis rizos y acariciaban mi piel. En un instante, todo a mi alrededor se llenó de paz, yo misma bailaba junto a otros cuerpos de agua traslucidos, etéreos; Angeles de las profundidades que me acompañaban y protegían. Emergí de improviso, no tuve tiempo de asirme de ellos.
Me encontraron vestida con algas de lejanas orillas, desplomada sobre la tibia arena del medio día. Volví a sentirme acariciada, pero esta vez, quien rozaba mi cuerpo, era un hombre enjuto de edad indefinida, que también estaba tendido en la playa. No me atreví a pronunciar palabra, sentía su respiración y el calor de su cuerpo próximo al mío. Cerré los ojos y escuché el sonido de las olas que se deshacían en espuma justo a mis pies, las aves marinas sólo undulaban. El sol pintaba puntos de colores sobre mis parpados. Creí que había vuelto al lecho del mar y quise comprobarlo abriendo suavemente los ojos. Estaba aún allí, y aquel hombre, ya de pie, me sonreía tiernamente.
Mi respiración, casi inexistente, recuperó su ritmo normal, y al poco rato logré incorporarme por mis propios medios. Miré el horizonte despejado y el carnaval de casas de colores que se descolgaban de los cerros. Me pareció que era la primera vez que veía todo aquello, una imagen lejana y que sin embargo, conocía.
Comencé a andar, y junto a mí lo hizo él. Era como si mi sombra hubiese tomado forma corpórea. No decía nada, pero estaba acompañándome.
Recorrí la bahía como un náufrago al llegar a salvo hasta una

orilla.
Al cruzarme con los habitantes de aquel lugar, fui reconociendo gestos y miradas, y mi acompañante desapareció en un suspiro. Subí uno de los cerros y lo contemplé todo. Estaba a las puertas de mi morada y sin detenerme, traspasé el umbral. La luz bañaba el interior, y olí un aroma de lavando que impregnaba cada objeto de la habitación. Abrí instintivamente una de las puertas interiores y me encontré con un espacio azul turquesa; era mi dormitorio - taller.
Frente a mis ojos, había un atril con una tela recién iniciada. En ella se distinguían las siluetas de dos cuerpos, formados por algas que flotaban en la superficie del lienzo.

Siendo una niña no veía más horizonte que los cerros que me rodeaban, y era feliz subiendo y recorriendo distancias onduladas que me sorprendían a cada paso con variadas imágenes.
El océano y el puerto siempre han estado allí; cambian los tamaños de los navios, sus banderas y el oleaje se amansa en verano y se agita gélido en invierno. Sin embargo, la ciudad era diferente todo el tiempo. Mi abuela y mi madre hacían de cada día una nueva aventura para mí. Salíamos de compras o a visitar a una tía, nunca tomábamos el mismo camino, los seres con quienes nos cruzábamos eran personajes cambiantes; sus rostros, los colores de sus ropas, sus peinados, se veían distintos cada vez. Crecer así era entretenido.
Al transformarme en una adolescente, el paisaje se me hacía muy monótono, creía que lo conocía todo y no entendía por qué los afuerinos se embelesaban con lo que veían.
Había dejado los pies en las calles al verme en la obligación de trabajar, luego que mi madre falleció. Mis amigas disfrutaban de su libertad y experimentaban cosas que yo no soñaba siquiera. La vida era una larga letanía, y comencé a refugiarme en la lectura sobre heroínas que viajaban; entonces, soñaba con salir de aquí y viajar por el mundo.
Llegué a adulta y la vida había dejado huellas dolorosos en mi. Sin embargo, con el sacrificio de mi abuela y mi trabajo, conseguí estudiar, con tanta suerte que me gané la posibilidad

de quedar trabajando donde hice la práctica de mi profesión. Comencé a conocer personas que venían de otros lugares, que habían recorrido esos sitios que yo sólo conocía por los libros. Sus historias me abrieron los ojos ante una realidad mágica. Y quise saber cómo veían mi ciudad. Como respuesta, un día me invitaron a recorrer los cerros; sentí que se mofaban, pero acepté.
Que diferente es caminar por las rutas de quien va descubriendo o se guía por instinto. Todo era nuevo, yo misma cambiaba entre paseo y paseo, entre ascensor y museo, entre talleres, bares y plazas. Me hice niña otra vez al recorrer mi ciudad y me enamoré de los colores, sus aromas, sonidos y una atmósfera de poesía que me envolvía. Desde entonces, cada vez que tenía tiempo, salía a recuperar mí propia historia y así me transformé en guía de mi ciudad. Sin darme cuenta, contaba las historias que un día, había yo misma escuchado o simplemente verbal izaba lo que tenia frente mío: *la ciudad de día, es igual a una pintura expresionista; y de noche, los cerros se convierten en guirnaldas de luces, que visten de fiesta todo.*
En uno de esos paseos me acompañó un supervisor enviado de la oficina donde yo trabajaba. Por horas me siguió sin decir nada y no pude evitar hablarle. Del resultado de su informe, dependería un cambio en mi vida.
Un mes después, me llamaron para darme a conocer el resultado de esa supervisión: en tres semanas, a contar de ese día, una comisión mandatada por el municipio, viajaría a Europa para promover los encantos de la ciudad, y yo sería algo así como la relatora de sus historias.
Que lejos en el tiempo está el día de esa noticia. Han transcurrido tantos crepúsculos en mares distantes. Mi trabajo era satisfactorio y mi permanencia en el extranjero se hizo inevitable. Sin embargo, no era feliz. Extrañaba el paisaje desde los cerros, los colores de las casas, mis raíces; supe que debía cruzar el océano, debía regresar.
Valparaíso 8 pm: el barco ha recalado en puerto. Estoy nuevamente frente a mi hogar. La ciudad está de fiesta con sus guirnaldas de luces brillando. Ante mí, la silla de mi

abuela y su cálida manta, que desde ahora cubrirá mi cansado cuerpo, mientras alguien relata sus viejas historias.

Caramba y Samba

Hoy, me he encontrado con Clyo, caminaba por la orilla de la playa, en silencio la acompañé mientras la mar, con suaves ondas nos acariciaba los pies.
Luego de un rato de dejar huella, comenzó a contarme sobre una mujer que, había escuchado hablar, entre el bell canto de un paisano.
Clyo, inició el relato diciendo...
Es una sinuosa ondulación de pies pequeños, que danzan al ritmo de su guitarra. Tiene la piel del color del desierto, pero tersa como la aceituna. Sus ojos brillan como los minerales de la tierra y su cabellera se extiende sobre ella, como el manto protector de una Madre, con finos hilos de plata, dejados allí por la Luna, una noche, en las alturas del Valle.
Entre respiro y respiro del canto, ella hablaba con un eco de vidas pasadas, sobre quienes antes del tiempo, sembraban los cerros, recogían de la mar y abrían caminos al andar.
Su rostro se iluminaba con sonrisas del viento, parecía trasladarse en un suspiro, hasta los pies del Peñón.
Serenas siluetas la rodeaban, cuando cogía la guitarra y a todos hacía bailar.
Ella crecía al relatar las historias olvidadas y entre nosotros danzaba el viejo pirquinero, la muchacha de trenzas que, saludaba con sus ojos al forastero, el que con soberbia y desdén la ignoraba, mientras los niños corrían por verdes campos, tras los animales que le dan sustento.
Cantaba, cantaba, con la fuerza de la certidumbre, dejando en el oído, los rítmicos sonidos de los cerros.
Las manos se movían cual si estuviera modelando figuras de arcilla, segura, delicada y feliz.
Quería que la muchedumbre sorda, oyera los gritos de la Madre Tierra, que volvieran la vista atrás y en el horizonte, viesen navegar a los Changos entre lobos y ballenas.
Su voz sonaba como el trinar de los pájaros, los que se colgaban de su larga falda, haciéndola volar entre las viñas. Su mirada era una invitación a recorrer las estrellas, cabalgando en la cola de un cometa.
Hablaba de hombres y mujeres, de las conquistas de la tierra, de las travesías sobre las olas, del sembrar de futuro y como, la Pacha Mama, nos da raíces.
Su canto se transformó en baile y éste en risa.
La mujer de pies pequeños, dejaba pisadas perennes; ya no era un eco lejano, casi silente. Ante mis ojos, ella se hizo Caramba y Samba...aquella que desafía, que conquista y domina con ternura, y la sabiduría de los ancestros.
Mientras hacía el relato, me pareció ver en Clyo, el reflejo de esas historias y su semblante, cambiaba como ha cambiado el paisaje en 500 años de sequedad.
Al terminar de hablar, me miró, dejó escabullir una lágrima, acarició mi cabeza y dijo: no busques tan lejos, el sol brilla dentro de ti, abre las ventanas y deja que ilumine tu camino.

Un día.

Sentada frente a una pantalla de computador, que me muestra nombres e imágenes inertes, sin sonido, y a los cuales quisiera hablar, pero el teclado esta independiente de mis dedos y, sólo se mofa de mí, con su constante...ccccccccccc.
Miro de reojo mi mano moviéndose sobre el papel, y descubro en uno de mis dedos, un pequeño corte, la huella de la punta de un cuchillo que, me acompaño mientras cocinaba lo que después coma.
En casa para variar, no hay nadie. Sólo el silencio de los muñecos, y el graznido de las gaviotas, bajo un cielo cargado de mullidas nubes.
Pienso en las cosas que debiera hacer, pero nada tiene apuro; el tiempo ha alargado su andar, se ha hecho más pausado, cansino, indolente.
Miro en el correo electrónico, si alguien ha enviado sin querer, lo que espero...se ha perdido la capacidad de comunicar, pero aún me sorprendo con la carta que, un amigo, con saludos ha dejado en italiano, desde Buenos Aires.
El portal de empleos sigue mostrando una lista de ocupaciones a las cuales no accederé, pues me dormí más de 20 años entre pupitres.
Pinto por gusto, danzo, cuando mi cuerpo no me duele, actuó, cuando puedo, canto, cuando se han ido los escuchas y escribo hasta en servilletas de bar, si las palabras se desbocan.
El sol, sólo es un reflejo en los muros.
Ropa colgada en la terraza.
Un ojo escrutador no para de escudriñar en el entorno.
En un rato más, tengo que ir en busca de lentes que me permitan leer mañana uno de mis cuentos, ante aquellos que escuchan entre líneas. También deberé elegir del guarda ropa, lo que me pondré para dicho acontecimiento, seguro que quedará tirado todo lo posible y al final, me cubra la emoción, con la colcha de los sueños.
Imagino mi plaquette, sobre una pequeña mesa del gran salón auditorio, silente, esperando el temblor de mis manos dominadas por el eco de mi voz, dando vida al relato.
Rostros impávidos, muecas de sonrisa y apuntes presurosos, revisando lo que queda del programa. Amigas presentes y ausentes, me guiñaran un ojo para darme aprobación.
Sueño, imagino un simple comentario, más, será inevitable escuchar mi propio respirar.
Caminaré Aldunate hasta parar en el café ¡no! No beberé, ni para eso me alcanza, pero si el ambiente está templado, quizás pida el capucchino vainilla, mientras pregunto ¿Cómo estás hoy? Y la respuesta se escuchará entre los pedidos de los clientes. Una sonrisa y apurar el tranco, hasta preguntarme una vez más ¿para qué me apuro?...nadie sabe que estoy en algún lugar, sólo las cuatro paredes de mi cuarto, que se aburren con mi presencia y disfrutan por momentos de mi ausencia.
Es un día más, sin embargo, todos los días, aunque de horas uniformes se vistan, no es igual uno de otro.
Algo para abrigarme, el cielo perdió color y un viento frío muerde mis pies.

&&&&&&& o &&&&&&&

María Soledad Miranda González